

UNA MAÑANA EN TACURÚ

Por. Julio César Romero Magliocca
Fundador y Director de Revista Raíces



*Llegué en la mañana del jueves 17 de setiembre de 2026 a la sede del Movimiento Tacurú. La mañana se presentaba fresca, aunque el sol intentaba abrirse paso para regalar un poco más de calor. Allí se respira algo especial: formación, trabajo, educación y, sobre todo, una profunda vocación de acompañar a quienes buscan abrirse camino en la vida. Nos esperaba el **padre Hugo Espinosa**, no hace mucho tiempo, designado director del Movimiento. Su cabellera blanca, su sonrisa y, desde el primer instante, una enorme cercanía y amabilidad fueron la primera señal de que aquel encuentro sería mucho más que una entrevista. Después de las presentaciones, acomodamos todo y encendimos la grabadora. Y comenzamos a conversar.*

Lo que sigue es el resultado de ese encuentro: una historia de vida, de vocación, de jóvenes, de barrios, de fe y de una Iglesia que decidió estar allí donde la esperanza necesita hacerse presencia.

CUANDO UN PUEBLO TE ENSEÑA A ESCUCHAR UN LLAMADO

Nació en mayo de 1968 en Paysandú, pero ya a los 2 años su familia se mudaría a Juan Lacaze en Colonia, cuando Uruguay comenzaba a transitar uno de los períodos más oscuros de su historia. Era apenas un niño, pero hay realidades que, aunque no se comprendan del todo a esa edad, quedan guardadas para siempre en algún lugar de la memoria. La dictadura atravesaba la vida cotidiana. Había lugares donde estaba prohibido hablar de determinadas cosas, donde las palabras podían convertirse en un riesgo. Pero también existían espacios donde la gente encontraba la manera de reunirse, compartir y sentirse un poco más libre.

Uno de ellos era la parroquia.

Allí, entre la palabra de Dios, los encuentros y la vida comunitaria, muchos vecinos encontraban también un lugar para conversar, para expresarse, para compartir aquello que afuera muchas veces no podía decirse. Pero antes de comprender

todo eso, estaba el pueblo. Un pueblo con dos grandes pulmones que le daban vida: la fábrica **Campomar y Soulas**, y la Fábrica Nacional de Papel. La primera era prácticamente una ciudad dentro de la ciudad. Allí trabajaron su cuñado, su hermana —que incluso se jubilaron de allí— y tantos amigos y vecinos.

Mientras aquellas fábricas funcionaron, el pueblo tenía otro ritmo. La gente iba y venía. Trabajaba, compraba, se encontraba, conversaba. Las familias estaban vinculadas de una u otra manera con aquellos lugares que no solamente generaban trabajo: generaban comunidad. Y había algo más. La solidaridad. Cuando sucedía algo, el pueblo respondía. Si había que ayudar a alguien, aparecía un grupo. Si había que juntar dinero, se organizaba una venta de tortas fritas. Si había que hacer un festival, se hacía. Si alguien estaba pasando un momento difícil, se lo visitaba. Eso también educa. Porque uno no solamente crece dentro de una familia. También crece dentro de una cultura, de una manera de relacionarse, de una forma de mirar al otro. Y todo aquello que se vive durante la infancia, aunque muchas veces no lo advertamos, va formando nuestro carácter. A él, además, lo marcó profundamente la presencia de las salesianas. Fue alumno durante siete años del colegio de las Hijas de María Auxiliadora, las salesianas, esa rama femenina de la familia fundada por Don Bosco y Madre María Mazzarello. Y habla de aquellos años con una palabra que resume mucho de lo que siente:

Gratitud.

Después vendría la parroquia. Y allí aparecería una mujer que tendría un papel importante en su historia: la hermana **Marta Grilli**. Un día, siendo ya ex alumno, lo invitó a formar parte de una experiencia asociativa llamada *“Renovemos el mundo”*. Y casi sin saberlo, aquel joven comenzó a acercarse a una de las experiencias que terminarían marcando su vida: el MAO, Movimiento Anti-Ocio. Durante enero, la parroquia se llenaba de niños y adolescentes. Eran alrededor de 500. Playa, campamentos, fútbol, campeonatos, juegos, encuentros. Primero participó como niño. Después creció y se convirtió en animador. Y descubrió que aquel mes de enero tenía algo especial. Lo esperaba todo el año. La energía, los jóvenes, los encuentros, la alegría, el movimiento. Los días parecían pasar demasiado rápido. Hasta que llegó un enero diferente. La experiencia estaba llegando a su final. El patio de la parroquia estaba repleto. Había gente por todos lados. Y en medio de aquel bullicio apareció una pregunta. Una pregunta sencilla. Pero algunas preguntas sencillas pueden cambiar una vida. Se acercó al párroco, el padre Pedro Silva, y le dijo:

—Esto no tiene que terminar. Esto no puede terminar. Esto tiene que seguir.

El sacerdote le respondió que sí, que había que seguir trabajando en medio de los jóvenes.

Entonces él, todavía aferrado al MAO, insistió:

—Bueno, entonces nos das permiso para seguir en enero.

Y llegó la respuesta que no esperaba:

—No. Esto termina el 31 de enero. Pero toda la vida puedes estar en medio de los jóvenes. Puedes hacerte salesiano. Aquellas palabras quedaron dando vueltas. Él quería que el MAO continuara. Pero quizás Dios le estaba mostrando otra cosa. La pregunta quedó instalada. Y comenzó un proceso. Conversaciones con el padre Pedro Silva. Reflexión. Oración. Preguntas. Dudas. Signos.

Tenía alrededor de 19 o 20 años. Y empezó a descubrir que aquello que tanto lo movilizaba durante enero no era solamente una actividad que le gustaba. Había algo más profundo detrás de esa necesidad de estar con los jóvenes, de acompañarlos, de compartir la vida con ellos.

Él lo explica de una manera sencilla: Dios habla en lenguaje humano. No solamente en acontecimientos extraordinarios. También en los gestos, en las palabras, en aquello que a uno le gusta, en lo que lo conmueve, en lo que lo hace feliz, en aquello que vuelve una y otra vez a aparecer en el corazón.

Y así comenzó a descubrir su vocación. Ingresó al aspirantado salesiano. Vendrían después el noviciado, los primeros votos, la filosofía y una etapa de formación que no estaría exenta de preguntas. Porque descubrir una vocación no significa dejar de tener dudas. También hubo crisis.

En algún momento apareció la pregunta:

¿Y si esto no es lo mío?

Y apareció otra pregunta, todavía más humana:

¿Y qué lugar ocupa la mujer en mi vida?

No escondió esas dudas. Las puso sobre la mesa. Las confrontó. Las rezó. Las conversó. Porque el discernimiento, descubrió, no consiste en tener todas las respuestas de inmediato. A veces consiste justamente en animarse a convivir con las preguntas hasta encontrar un camino. Y en ese proceso volvió a aparecer aquella certeza que lo acompañaría:

Dios quiere que uno sea feliz.

La vocación, entonces, no nació de una respuesta mágica. Nació lentamente. En un pueblo. Entre fábricas que daban trabajo, vecinos que se ayudaban, una parroquia que abría sus puertas, religiosas que educaban, jóvenes que llenaban un patio y un sacerdote que, quizás sin saberlo, hizo una pregunta capaz de cambiar una vida. Todo comenzó con algo aparentemente pequeño: un muchacho que no quería que terminara enero. Con el tiempo descubriría que, en realidad, lo que no quería que terminara era ese modo de estar cerca de los demás. Y quizás allí, en ese deseo, ya estaba comenzando a escuchar el llamado.

TACURÚ Y SU PISTA DE ATERRIAJE ACTUAL

LOS JÓVENES QUE LLEGAN CON SUS HERIDAS

Y llegan de varias zonas, el Marconi, el Borro, Piedras Blancas, las Cuarenta Semanas, Lavalleja, Gruta de Lourdes,... barrios que forman parte de una geografía mucho más profunda que la de un simple mapa. Barrios donde muchas historias comienzan demasiado temprano y donde, tantas veces, la vida golpea antes de tiempo.

Y allí aparece Hugo.

Llega a ese mundo y se encuentra con jóvenes que no llegan solamente con una mochila al hombro. Llegan cargando historias. Algunos llegan golpeados por la vida, por las carencias, por situaciones familiares difíciles, por la violencia, por el abandono o por experiencias que dejaron marcas profundas. Llegan heridos. Y quizás una de las primeras cosas que Hugo aprende es justamente eso: antes de mirar al joven por lo que hace, hay que intentar comprender aquello que trae detrás. Porque muchas veces la conducta es apenas la punta de un iceberg.

Detrás puede haber una historia que no conocemos. Una herida que no vemos. Un dolor que nunca pudo ser contado. Y Hugo habla incluso de heridas que pueden comenzar mucho antes de que ese niño tenga conciencia de sí mismo. De todo aquello que hoy la ciencia permite comprender acerca de las experiencias tempranas, incluso desde la gestación, y de cómo determinadas circunstancias pueden dejar huellas en la vida de una persona.

Pero hay algo que impresiona todavía más:

esos jóvenes, aun con sus heridas, buscan una manera de expresarlas. Y allí aparece el carisma salesiano. Don Bosco entendió que para educar había que acercarse al joven, conocerlo, quererlo y caminar junto a él. No se trata solamente de ofrecerle un lugar. Se trata de hacerle sentir que ese lugar también es suyo.

Por eso, cuando esos jóvenes llegan, encuentran algo que muchas veces quizás no tuvieron en otros espacios: una casa. Una casa que los recibe como son. Sin exigirles primero que cambien para poder entrar. Una casa donde hay afecto, cercanía, familia. Y después está el patio. El patio salesiano, ese espacio donde la vida vuelve a tener otra música. Donde aparece el deporte, el juego, la conversación, la risa, el encuentro. Donde un joven puede correr detrás de una pelota y, quizás sin darse cuenta, empezar también a correr detrás de otra posibilidad para su propia vida. Porque a veces la primera puerta para llegar al corazón de un muchacho no es una palabra. Es un abrazo. Es alguien que lo espera. Es que alguien recuerde su nombre. Es poder sentarse a conversar sin sentirse juzgado. Es descubrir que existe un adulto que todavía cree en él.

Y quizás allí esté una de las grandes claves del carisma de Don Bosco: **el joven antes que su problema**. Antes que la etiqueta. Antes que la historia que lo condena. Antes que aquello que hizo. Primero está la persona.

CUANDO UN SUEÑO SE CONVIERTE EN CAMINO

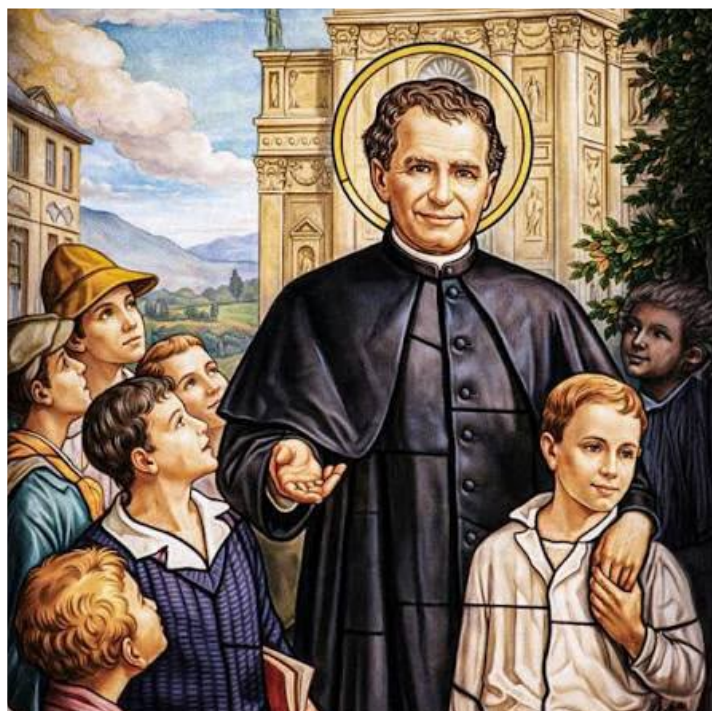
Hay momentos en la vida en que una persona mira hacia atrás y, de repente,

comprende que todo estaba unido. Eso fue lo que le sucedió a Don Bosco. En aquella misa, ya viejo, se emocionó profundamente. Se conmovía, lloraba, volvía sobre sus palabras y las lágrimas aparecían una y otra vez. Al terminar, alguien le preguntó qué le había sucedido. Y Don Bosco respondió, en esencia, que en aquel instante había visto pasar toda su vida delante de sus ojos.

Toda su vida.

Desde aquel sueño que tuvo a los nueve años, cuando la

Virgen le mostró un camino y le hizo comprender que su tiempo sería compartido con los jóvenes, hasta todo lo que aquel niño había llegado a realizar con el paso



de los años. Y quizás por eso lloraba. Porque aquel viejo sacerdote podía mirar hacia atrás y descubrir que aquel sueño de niño no había sido una fantasía perdida en el tiempo. Había sido un llamado. Había sido un camino. Había sido una vida



entera. Pero detrás de Don Bosco también había una historia de pobreza, esfuerzo y fe. Había quedado huérfano de padre cuando apenas tenía dos años. Y estaba mamá Margarita. **Margarita Occhiena**, una mujer sencilla, sin formación académica, pero con una extraordinaria capacidad para educar para la vida. Una mujer que sabía encontrar a Dios en las pequeñas cosas. Si había sol y el cielo estaba azul, daba gracias a Dios. Si llovía, también. Si hacía frío, si soplaban el viento, nuevamente aparecía el agradecimiento. Margarita fue enseñándole a Juanito algo que terminaría siendo fundamental: descubrir a Dios en la vida cotidiana y, al mismo tiempo, aprender a amar, preocuparse por los demás y estar atento a quien sufría.

Quizás allí comenzó todo. Porque las grandes obras muchas veces nacen de pequeñas semillas. Y Don Bosco terminó dedicando su vida precisamente a aquellos jóvenes que necesitaban una oportunidad, una casa, alguien que creyera en ellos. Esa historia continúa, muchos años después, en lugares como las Cuarenta Semanas, Lavalleya, Casavalle y el Borro. Continúa en hombres y mujeres que entendieron que el Evangelio no puede quedarse encerrado dentro de cuatro paredes. Tiene que salir al encuentro de la gente. Tiene que caminar los barrios. Tiene que estar allí donde la vida duele, pero también donde la gente lucha, trabaja, sueña y construye. Por eso la llegada del Papa León XIV al Borro adquiere un significado que va mucho más allá de una visita.

Es un signo.

Y es también una manera de mirar una realidad que durante demasiado tiempo muchas veces fue mostrada solamente desde sus carencias. Porque en esos barrios no solamente hay necesidades. Hay comunidades. Hay parroquias. Hay

religiosas. Hay educadores. Hay instituciones. Hay vecinos. Hay jóvenes. Hay personas que todos los días ponen el cuerpo para ayudar a los demás. Está la obra del padre Cacho y tantas otras experiencias que fueron sembrando esperanza. Hay una Iglesia que decidió estar allí, no desde lejos, sino caminando junto a la gente. Por eso que el Papa llegue al Borro es, para muchos vecinos, algo profundamente emocionante. No importa que permanezca allí solamente una hora. Una hora puede convertirse en un acontecimiento que quede durante décadas en la memoria de un barrio.

Y el 7 de noviembre probablemente sea eso:

un día de fiesta. Un día de nervios. De preparativos. De emociones. De colores. De encuentros. Pero, sobre todo, de comunidad. Porque mientras se prepara la llegada del Papa, aparece otra imagen que quizás sea todavía más hermosa: la de los vecinos ofreciendo su tiempo.

“Yo puedo ayudar en esto.”

“Yo puedo hacer aquello.”

“Decime dónde hace falta.”

Personas que no esperan que alguien venga a resolverles las cosas, sino que preguntan qué pueden hacer ellas. Un verdadero ejército de solidaridad. Y quizás ahí esté una de las mayores riquezas de estos barrios. En la capacidad de ponerse de pie juntos. En la posibilidad de celebrar juntos. En la necesidad de demostrar que un territorio no puede ser definido solamente por sus problemas, porque también debe ser contado desde su gente. El Papa llegará como sucesor de Pedro. Pero encontrará, antes que nada, una comunidad que lo está esperando. Una comunidad que quiere mostrarle su realidad, sus heridas, pero también sus sueños. Sus dificultades, pero también sus conquistas. Su historia, pero también su presente.

Y habrá algo profundamente simbólico en ese encuentro. Porque Don Bosco soñó a los nueve años con una vida entregada a los jóvenes. Aquel niño huérfano, educado por una madre que le enseñó a encontrar a Dios hasta en la lluvia y en el viento, terminó convirtiendo aquel sueño en una obra que atravesó generaciones y fronteras. Y ahora, tantos años después, otro hombre de Iglesia llegará a un barrio

donde también hay jóvenes que necesitan ser escuchados, acompañados y queridos. Tal vez por eso la visita tenga un significado tan especial. Porque no se trata solamente de que el Papa venga a un lugar. Se trata de que, por un instante, el mundo entero pueda mirar hacia allí. Y descubrir algo que quienes viven en esos barrios saben desde siempre: que detrás de cada puerta hay una historia. Que detrás de cada carencia hay una persona. Que detrás de cada dificultad hay alguien que sigue luchando. Y que detrás de muchas de esas vidas hay una esperanza que se niega a morir. El 7 de noviembre será un día de fiesta. Pero quizás también sea un día para recordar. Que el Evangelio se vuelve verdadero cuando se transforma en presencia. Cuando se convierte en abrazo. Cuando se hace comunidad. Cuando alguien decide quedarse. Y cuando un barrio que tantas veces fue contado desde afuera tiene, finalmente, la oportunidad de decirle al mundo:

“Esta también es nuestra historia. Y estamos orgullosos de contarla.”

MIL VECES VOLVERÍA A ELEGIR EL MISMO CAMINO

Hay palabras que parecen sencillas, pero cuando salen después de toda una vida adquieren otra dimensión.

“Una buena noticia”. Así lo anuncia el Evangelio cuando habla del nacimiento de Jesús. Y quizás esa misma expresión pueda resumir lo que significa la llegada del Papa León XIV a estos barrios. Una buena noticia. Para los niños que buscan oportunidades. Para los jóvenes que sueñan con salir adelante. Para quienes necesitan encontrar nuevos horizontes y una esperanza que les diga que su historia todavía tiene mucho por escribir. Porque también es una buena noticia descubrir que Dios no permanece distante de nuestras realidades. Que acompaña, que camina con nosotros y que se hace presente precisamente allí donde estamos.

En nuestros barrios. En nuestras casas. En nuestras dificultades. En nuestros sueños. Por eso la visita del Papa puede ser mucho más que un acontecimiento. Puede convertirse en un mensaje. En una señal. En la certeza de que hay una comunidad que importa, que tiene mucho para mostrar y, sobre todo, mucho para ofrecer. Pero después de hablar de los jóvenes, de los barrios, de Don Bosco y de tantos años de camino, quedaba una pregunta. Quizás la más íntima de todas.

¿Qué le dirías hoy a aquel jovencito que se formó en Juan Lacaze?

¿Qué le dirías a ese muchacho que todavía no sabía exactamente qué iba a ser de su vida?

Y la respuesta emociona porque no está dirigida al sacerdote que llegó a ser, sino al muchacho que alguna vez fue. Le diría que hizo bien. Que hizo bien en compartir tanto tiempo con su padre, con su madre y con sus hermanos. Que hizo bien en no apartarse definitivamente de aquella comunidad cristiana que había formado parte de su vida, incluso cuando por algún momento tomó distancia. Le diría que volviera. Que nunca dejara de buscar ese espacio de comunidad, de encuentro y de fe. Y también le diría que hiciera caso a aquella intuición que comenzó a crecer en su corazón. Aquella sensación de que su vida, rodeado de jóvenes en un patio, podía encontrar allí su verdadera felicidad. Porque finalmente eso fue lo que sucedió.

Aquel muchacho que un día no quería que terminara enero terminó descubriendo que aquello que quería conservar no era solamente un mes de actividades. Era una forma de vivir. Una manera de entregarse. Un camino. Una vocación. Y cuando llega el momento de mirar hacia atrás, no hay arrepentimiento. Hay certeza.

“Estoy recontra feliz.”

Y entonces pronuncia una de esas frases que solamente puede decir alguien que siente que su vida encontró su lugar:

“Mil veces naciera, mil veces me hago salesiano y sacerdote. No lo dudo.”

Quizás ahí esté la verdadera dimensión de una vocación. No en una vida sin preguntas. No en un camino sin crisis. No en una historia perfecta. Sino en llegar un día, después de haber atravesado dudas, búsquedas, encuentros y decisiones, y poder mirar hacia atrás con el corazón en paz. Aquel niño. Aquel joven. Aquel patio lleno de muchachos. Aquel enero que parecía demasiado corto. Aquel sacerdote que alguna vez le preguntó qué quería hacer con su vida. Todo estaba comenzando a tener sentido. Y quizás la vida sea eso: aprender a escuchar esas pequeñas intuiciones que aparecen en el corazón y tener el coraje de seguir las. Porque algunas veces un sueño de niño no es solamente un sueño. A veces es una semilla. Y cuando encuentra tierra fértil, tiempo, fe y entrega, puede terminar convirtiéndose en una vida entera. Una vida compartida. Una vida al servicio de los demás. Una vida entre jóvenes. Una vida feliz. Y entonces uno entiende que aquella “buena noticia” no siempre llega envuelta en grandes acontecimientos. A veces llega en forma de una pregunta. De un encuentro. De una persona que cree

en nosotros. De un patio lleno de jóvenes. O de un niño que, sin saber todavía qué será de su vida, simplemente siente que allí quiere estar. Y decide escuchar a su corazón.

Quizás eso también sea una buena noticia.